

## Capítulo XXVIII

### Desventuras.

Antes de llegar á aquella hermosa capital de Andalucía, cumpliendo uno de sus más vivos deseos habia estado en Baeza.

Allí habia encontrado noticias bastantes tristes.

Cuando llamó á la puerta de la antigua casa solariega de su esposa Beatriz, ocupada á la sazón por sus fieles servidores y su hijo, salió un anciano á su encuentro.

Al reconocerle, poseido de una viva emoción:

—¿No me reconocéis?—dijo al ilustre marino tendiéndole los brazos.

Era Matías Sampayo.

Colón le abrazó cordialmente, y al notar que sus ojos se inundaban de lágrimas:

—¿Qué teneis?—exclamó,—¿mi llegada os entristece de ese modo?

—¡Ah! no señor; no es vuestra llegada, que ya podréis imaginaros llena mi alma de alegría. Es que al veros, al tener que contaros todo lo que ha pasado desde que os separasteis de nosotros, no puedo contener las lágrimas, porque hemos sufrido mucho, porque hemos experimentado grandes desgracias.

—¿Qué decís?

—Venid, venid á este aposento, calmad un instante vuestra ansiedad y oidme. De este modo evitaré á mi hija el inmenso pesar de tener que confesaros las terribles desdichas que han pasado sobre mí.

Aquel preámbulo estremeció á Colón.

—Ante todo,—exclamó,—¿y mi hijo Fernando?

—A Dios gracias sigue muy bien, y aunque mi relato os entristezca, hallareis un consuelo seguramente en abrazar á vuestro hijo.

—Hablad, hablad,—dijo Colón,—que ya estoy impaciente por saber las noticias que vais á comunicarme.

—Ya os acordáis,—dijo Matías,—que cuando partisteis á ese viaje que tanta gloria os ha hecho alcanzar, nos despedimos en Palos y yo pedí á la Providencia que colmase nuestros deseos...

Poco despues murió mi esposa.

Solo en el mundo, mis hijos se apiadaron de mí, me obligaron á vender la escasa hacienda que tenia en Palos y me ofrecieron bajo su techo cariñosa hospitalidad. En medio de mi desgracia yo me conside-

raba muy feliz porque podia á todas horas presenciar la felicidad de mi hija, de mi pobre hija que tantas lágrimas me habia costado cuando, engañada por las gitanas que la arrebataron de mi hogar, la lloré perdida, hasta que gracias á la Providencia y á vos pude hallarla tan feliz y dichosa como era.

Vine á Baeza, me hospedé en esta casa y pronto mi hermosa nietecilla y vuestro hijo endulzaron las largas y estériles horas de mi vejez.

¡Vivíamos tan dichosos aquí; se amaban tanto Inés y Beltran!... ¡Ah! quién me hubiera dicho...

—Pero hablad, amigo mio, hablad, ¿qué ha sucedido?

—Llegó á Baeza un hidalgo de los que más se habian distinguido en la guerra de Granada. Acostumbrado á vivir siempre en el campamento, á emplear sus ócios en la lid, la vida sedentaria á que le condenaba la paz incitábale á consagrarse á los vicios, y á emplear el tiempo en el juego y en los galanteos.

Vió á mi Inés y se prendó de su hermosura. Comprendió desde luego que no faltaria por nada del mundo á sus deberes, y aquel fué un nuevo incentivo á su pasion.

Aprovechó todas las ocasiones de interesarla; valiéndose de una pérfida gitana para que la declarase sus intentos.

Todo fué inútil.

Beltran nada sabia, porque su esposa queria evitarle el disgusto de una revelacion.

Viendo el hidalgo que nada conseguia, fijó sus ojos en mí, pobre aldeano, que en vano puedo ocultar mi origen plebeyo.

Hizo averiguaciones, no faltan envidiosos en los pueblos, é inventó una calumnia. ¡Oh! ¡si supierais cuán infame fué el falso testimonio que nos levantó!

Corrió la voz de que mis hijos habian envenenado á doña Beatriz despues de obligarla á firmar un testamento nombrándolos sus herederos.

Una noche malhadada en que Beltran estaba con varios amigos suyos en la plaza, ciego de despecho se acercó á un grupo en que se hallaba mi hijo:

—«¿Cómo teneis valor,—exclamó dirigiéndose á los demás,—de consentir que se halle á vuestro lado un envenenador?

—»¿Por quién decís eso?—le preguntaron algunos.

—»Por ese miserable que envenenó á su ama doña Beatriz y la robó sus bienes.»

Era imposible resistir aquella provocacion.

Olvidando Beltran los brazos que le ligaban á la vida, ardiendo en ira, sacó la espada y no tardó en trabarse entre los dos una desesperada lucha.

En vano procuraban los amigos contenerlos.

La desatentada pasion del uno, el justo rencor del otro, daba brío á su brazo.

Beltran cayó al fin atravesado por el acero de su enemigo.

—¿Y murió?

—Sí, murió.

—¡Dios mio!—exclamó Colon.

—Yo estaba con mi hija aguardando á Beltran. Los niños, que habian estado jugando en mis rodillas, sin saber por qué, dejaron de jugar.

—«¿Qué teneis hijos míos?»—les preguntó Inés.

Isabel preguntó por su padre.

—«Pronto vendrá, hija mia, pronto vendrá—contestó Inés.»

No se engañaba.

Llamaron á la puerta, preguntaron por mí, bajé y vi á Beltran que lo traian entre cuatro hombres cadáver.

Buscaba yo los medios, acallando mi dolor, de ocultar á mi hija aquella desventura, cuando oí á mi lado un grito penetrante, un grito desgarrador.

Era Inés, que, obedeciendo á un presentimiento, habia bajado precipitadamente las escaleras, habia oido la relacion del triste suceso que uno de los que me acompañaban me habia hecho, y no pudiendo contener su dolor, se precipitó sobre el cadáver de su esposo, cubriéndole de lágrimas.

¡Ah! ¡qué noche aquella, qué noche! Desde entonces sólo lágrimas he visto en sus ojos. Sin su hija, sin su Fernando, á quien quieré, porque es el hijo de doña Beatriz, porque es el hijo vuestro, porque los dos habeis sido para ella un ángel, hubiera deseado la muerte como su única felicidad.

Ya sabeis nuestra desgracia. ¿Comprendeis ahora las lágrimas que habeis visto en mis ojos al estrecharos en mis brazos? No extrañeis, por lo tanto, hallar á la que dejasteis en medio de la felicidad, no extra-

ñeis, repito, que se presente á vuestra vista con la tristeza en el corazon, con las tocas de la viuda.

—Vamos, vamos á verla,—dijo Colon;—yo sé cuánto tengo que agradecer el sacrificio que ha hecho, sofocando su pena, para poder ser madre de mi hijo.

La escena que siguió á la que hemos presenciado entre Matias Sampayo y el ilustre marino, fué más conmovedora aún.

Inés, para no entristecer á aquellos dos niños, cuya alegría contrastaba con su tristeza, ahogaba á todas horas su pena y sólo en el silencio de la noche vertia abundantes lágrimas por su esposo.

No podia contener la emocion de su alma, y tardó mucho tiempo en recobrar la tranquilidad.

Colon, que no podia detenerse porque le aguardaban en Sevilla para que resolviera todas las cuestiones enlazadas con los preparativos de su expedicion, prodigó los mayores consuelos á la infeliz Inés, la participó la resolucion que habia tomado anunciando al rey el origen de Fernando, la dijo la gracia que sus majestades habian concedido al niño, y la suplicó que fuese á la córte con él y hallase, prodigándole lo mismo que á su hija y á Diego, los cuidados de madre, el único consuelo que ya podia esperar su alma.

A pesar del sentimiento que las noticias que acababa de saber produjeron en Colon, al ver á su hijo experimentó una inmensa alegría.

Era un hermoso niño de ocho años.

En él halló reproducidas las facciones de su madre.

En su carácter, la dulzura, la bondad, la inteligencia de aquella mujer sublime que tan inmenso cariño había despertado en su alma.

Inés creyó llegado el momento de revelar al niño la verdad de su origen.

Colon la detuvo.

Cuando estuvieron solos:

—No decidle nada hasta que os halleis en Madrid, pero preparad su ánimo para la revelación.

Inés, que ya solo vivía para el amor de su hija, para la gratitud que debía á Colon, accedió á sus ruegos y se dispuso á partir á Barcelona, donde aún estaba la corte para vivir allí con Diego y con Fernando.

Matías Sampayo debía acompañarles, y el viaje no tardó en llevarse á cabo.

La gloria acalló los pesares que había experimentado Colon, y se trasladó á Sevilla donde había á la sazón gran movimiento, donde afluían de todas partes, no solo soldados que aspiraban á tomar parte en la expedición, sino mercaderes de todas clases que llevaban víveres, municiones, seguros de hacer un buen negocio, porque los reyes querían que nada faltase.

Sigámosle á Sevilla.

---

## Capítulo XXIX.

---

El Consejo de Indias y el obispo Fonseca.

A su llegada encontró nuevas cartas de los reyes, que, temerosos de que don Juan II intentase jugarle una mala pasada, le exhortaban á que apresurase los preparativos de la marcha y se diese á la vela.

Llegó á Sevilla á principios de Junio, y durante muchos días no descansó un momento.

Se entendió directamente, gracias á los plenos poderes que tenía, con los dueños de los buques que necesitaba, negoció con los proveedores de víveres y de municiones, conversó con los que aspiraban á embarcarse, y activó de una manera maravillosa los trabajos preparatorios.

No tardaron en llegar á la capital de Andalucía el superintendente nombrado por los reyes para ocu-